

EL CASTRO PROTOHISTORICO DE "LA PLAZA" EN COGÈCES DEL MONTE (VALLADOLID)

REFLEXIONES SOBRE EL ORIGEN DE LA FASE COGOTAS I *

por

G. DELIBES DE CASTRO y J. FERNÁNDEZ MANZANO

Son pocas y confusas las noticias publicadas sobre el yacimiento de La Plaza, en Cogeces del Monte. Las más antiguas se deben a Agapito y Revilla, quién señala imprecisamente el hallazgo de hachas pulimentadas y «fíbulas ibéricas» en las inmediaciones del pueblo ¹. Después fue Wattenberg el que, en las páginas de *La Región Vaccea*, descubrió la existencia de un castro amurallado en La Plaza, con restos de un gran túmulo rectangular empedrado y de habitaciones circulares ². Más recientemente, en la *Carta Arqueológica de Valladolid* la documentación se enriquece con anotaciones —lamentablemente basadas en testimonios indirectos, no en comprobaciones personales— de nuevos túmulos y un posible puesto de guardia en el extremo Noroeste del castro, así como con la indicación de que el yacimiento podría haber alcanzado el Bajo Imperio, a juzgar por el hallazgo de alguna cerámica pintada de esta época ³.

La impresión que se obtiene de la lectura de las obras antedichas es de que se trata de un importante yacimiento de la Segunda Edad del Hierro, ya que se habla en varias ocasiones del horizonte Cogotas II, a la hora de buscar paralelos para los túmulos y la muralla mencionados; un yacimiento al que Wattenberg, por su amplitud —27 Has.—, así como en función de una leyenda local que narra un pintoresco asedio en el que animales con fuego en los cuernos corren enloquecidos en torno a la fortaleza, quiere identificar con una avanzada de la histórica *Colenda*, pasada a cuchillo por Didio durante

* Los dibujos que ilustran el trabajo son obra de don A. Rodríguez González.

¹ AGAPITO Y REVILLA, J., *Lo prehistórico, protohistórico y romano en la provincia de Valladolid*, Bol. Com. Mon. Prov. Valladolid, II, 3, 1926, p. 129; III, 5, 1927, p. 13; III, 6, 1927, p. 62.

² WATTENBERG, F., *La región vaccea. Celtiberismo y romanización en la cuenca media del Duero*, B. P. H., II, Madrid, 1959, p. 40 y 96.

³ PALOL, P. de y WATTENBERG, F., *Carta Arqueológica de España. Provincia de Valladolid*, Valladolid, 1974, p. 82-84.

el avance romano por el centro de la Meseta⁴. Sin embargo, frente a esta clasificación dentro del mundo posthallstático-protovaceo, no se alude a ningún material arqueológico inequívoco de la Segunda Edad del Hierro, y ni siquiera las «fíbulas ibéricas» que anota Agapito y Revilla *junto al pueblo*, podrían servir de testimonio seguro en tal sentido, ya que La Plaza y el casco de Cogeces, distan más de seis kilómetros; tan solo se afirma con rotundidad el hallazgo de algunas cerámicas incisas, más antiguas, del complejo Cogotas I del Bronce Final⁵, pero sin la firme convicción de que constituyan el sustrato principal del castro.

Un nefasto acontecimiento —la inadvertida y total destrucción de la presunta muralla— ha motivado recientemente una minuciosa prospección del yacimiento con resultados que obligan a replantear la problemática del mismo. Al estudio de tales datos se dedica este trabajo, cuya conclusión, como veremos, podría sugerir nuevas hipótesis sobre la periodización de la llamada fase Cogotas I⁶.

EL YACIMIENTO: SITUACIÓN Y DESCRIPCIÓN.

El castro de La Plaza se localiza en el confín occidental del término de Cogeces del Monte, lindando con los de Santibáñez de Valcorba y Montemayor de Pililla. Se asienta en el extremo de una estrecha lengua de terreno correspondiente al nivel de páramos, dominando la confluencia de los arroyos de Valcorba y de Cogeces, por lo que puede decirse que su emplazamiento es en horquilla fluvial, pese a la mínima importancia de los citados cursos de agua. El lugar, conocido indistintamente como La Plaza y el Pico de la Frente, coincide en los 41° 32' 15" de latitud Norte, y los 0° 43' 10" de longitud Oeste respecto al meridiano de Madrid. Su cota máxima se sitúa en los 879 metros (fig. 1).

En cierto modo puede decirse que se trata de un castro en altura, ya que el promontorio destaca ochenta o cien metros por encima de los terrenos bajos circundantes; pero más que este hecho, lo que contribuye a subrayar la impresión de relieve es la fuerte pendiente de sus laderas, que salvan los

⁴ *Ibidem*, p. 83.

⁵ WATTENBERG, F., *La región...*, ob. cit., p. 96.

⁶ Deben tomarse urgentemente medidas para la conservación del patrimonio arqueológico en el medio rural. Es evidente que las más idóneas son también las más gravosas, como p. e. la creación de un cuerpo especializado de comisarios provinciales que velen por la preservación de cualquier monumento o yacimiento de interés arqueológico notable. En cualquier caso, mientras tales medidas no sean hechas realidad, aún cabe el recurso de la mentalización o concienciación de los cargos responsables de los pueblos. Nadie en Cogeces sabía de la importancia de La Plaza, y queremos pensar que su muralla se habría salvado de haberse conocido la pérdida histórica que supone su demolición.

citados cien metros de desnivel en apenas un cuarto de kilómetro. En la cumbre se advierten los clásicos bancos de calizas pontienses, propios del nivel de páramos de la región, apareciendo modeladas las vertientes en margas yesíferas blancas, acarcavadas y originando formas de relieve tortuosas. Al pie, en las zonas bajas, descansan importantes lechos de arenas eólicas, verdaderas dunas de perfiles ondulados, colonizadas por una masa arbórea de pinos

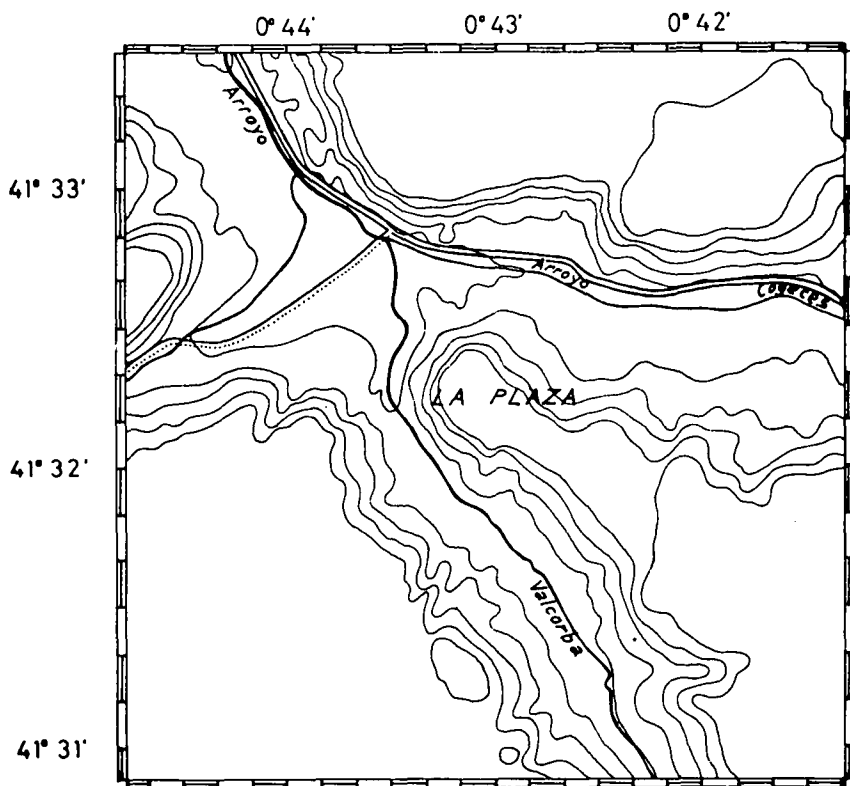


Fig. 1.—Localización del castro de La Plaza sobre calco de la hoja n.º 373, del MTN de España escala 1:50.000.

(*pinus pinea*), que contrasta con las carrascas de encina (*quercus ilex*) de los sectores más altos.

En virtud del marcado escarpe de las laderas, resultan evidentes las posibilidades defensivas de La Plaza en casi todo su perímetro. Únicamente por el Sureste, desde el páramo, es fácil el acceso al lugar y por ello, aprovechando un estrangulamiento propiciado por dos vaguadas enfrentadas, fue allí donde se realizó la única obra de fortificación del castro, a manera de gran muralla de cerca de doscientos metros de largo, de bloques desiguales de caliza. El espacio cerrado por esta muralla es bastante grande, aproximada-

mente de 17 Has., como señalaban Palol y Wattenberg⁷. Aún no hace mucho tiempo todo él estuvo cultivado, y en algunos lugares se aprecian los límites de las antiguas parcelas. En la actualidad, sólo unas pocas hazas se siguen sembrando, lo que determina que el arado ponga al descubierto cerámicas a mano y otros mínimos pero expresivos vestigios de la ocupación remota del lugar.

Visitamos por primera vez el castro en 1974, en compañía de Ricardo Martín Valls, intentando acreditar con nuevos vestigios de superficie la clasificación del yacimiento en la fase Cogotas I propuesta con anterioridad. El hallazgo de materiales nada representativos impidió cumplir este objetivo, pero sí pudimos entonces analizar con cierto detalle las características de la muralla dada a conocer por Wattenberg. Se trataba de un imponente lomo de piedras sin escuadrar, tendido entre las dos vertientes —de los arroyos de Valcorba y Cogeces— y con una gran anchura, próxima en algunos puntos a los veinte metros (fig. 2). Se encontraba en un estado de deterioro realmente avanzado, y pese a tener más de cuatro metros de altura en ciertos lugares, no era posible reconocer restos de paramento vertical, «in situ», en ninguno de sus tramos. Los bloques yacían, por tanto, simplemente amontonados y daba la impresión de desbordar —a causa de sucesivos derrumbamientos— la anchura original de la defensa, cabiendo la posibilidad, por lo tanto, de que las cepas de alguno de los lienzos de murallas primitivas se conservasen bajo el lomo de escombros, obviamente movido. Por último, en aquella primera prospección también comprobamos que una puerta muy simple se abría más o menos en la mitad de la defensa, algo más hacia el Norte, precisamente en la entrada moderna del camino que venía de Cogeces. No identificamos, sin embargo, las casas circulares ni los túmulos repetidamente señalados por Wattenberg.

El estado del yacimiento, a nivel de conservación, no era pues ni mejor ni peor que el de la mayoría de las estaciones arqueológicas conocidas. Apparentemente no existían amenazas de destrucción inmediata, e incluso cabía pensar que una futura excavación arqueológica en el lugar —que entonces no entraba en nuestros cálculos hacer ni parecía urgente llevar a cabo— podría servir para la reconstrucción, más o menos fiel, de las características de la citada fortificación. Inesperadamente, sin embargo, ha tenido lugar la destrucción sistemática de esta última, quedando en pie tan solo algunos testigos de los derrumbes delatores de su existencia.

Es lamentable el hecho intrínseco de que la muralla de La Plaza haya sido desmantelada *exhaustivamente*, en la totalidad de su trazado, pero resulta aún más ridículo, que tal demolición haya tenido como móvil exclusivo la

⁷ PALOL, P. de, y WATTENBERG, F., *Carta...*, ob. cit., p. 83. Se citan 27 Has., mas debe de tratarse de un error de imprenta, puesto que son exactamente diez menos.

obtención de escombros. En efecto, según hemos sabido cuando la destrucción ya se había consumado, el gran muro, todavía intacto, fue explotado como simple cantera y sus escombros sirven actualmente de firme en una

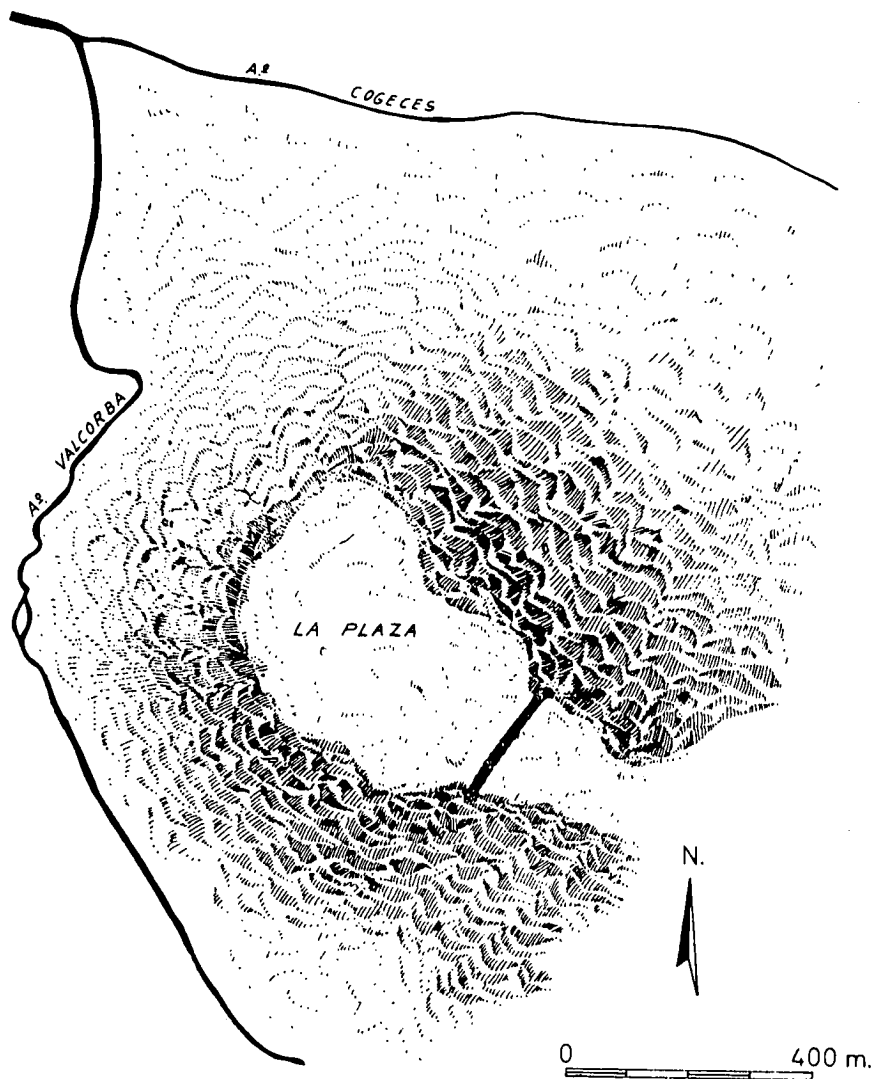


Fig. 2.—Plano del Castro de La Plaza, con representación gráfica de la muralla.

carretera provincial construida a bastantes kilómetros del lugar. Nada queda, por tanto, del gran lomo de piedras que fosilizaba la fortificación y únicamente se aprecia en el lugar una gran «pista» de cerca de veinte metros de ancho, como huella en negativo del antiguo muro expoliado.

LA PROSPECCIÓN EN EL ÁREA DE LA MURALLA.

Tan solo en las márgenes de dicha «pista», desnuda de vegetación, se conservan excepcionalmente restos de los derrumbes de la vieja cerca, en su disposición original, con el interés de que bajo los mismos se advierte la existencia de un lecho arqueológico. Aproximadamente a mitad del trazado de la muralla, no lejos de la primitiva puerta, hemos elegido un sector donde tal lecho era especialmente visible para limpiar y refrescar de una manera pro-

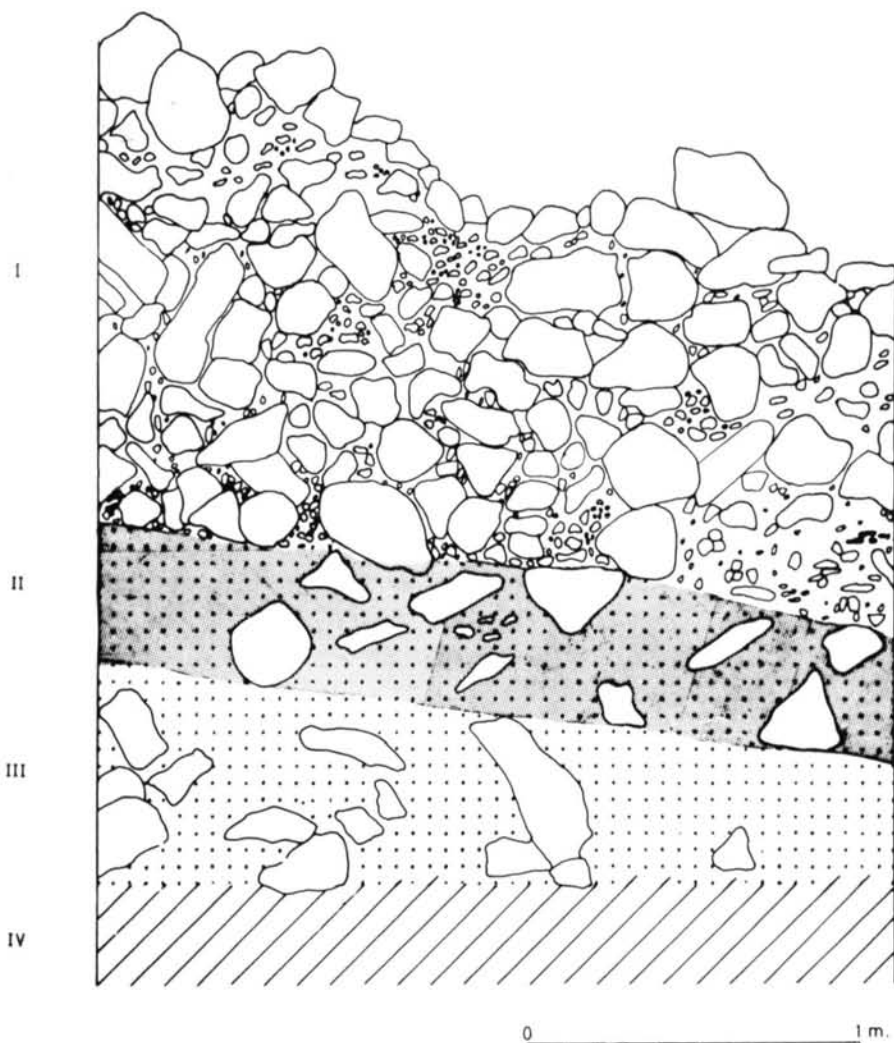


Fig. 3.—Corte en un sector de derrumbe de la antigua muralla de La Plaza, Cogeces del Monte (Valladolid).

visional un corte⁸, en el que hemos podido reconstruir la secuencia que describimos (fig. 3):

NIVEL I.—De escombros. Lajas y bloques de caliza sin desbastar. Evidente derrumbe de la vieja fortificación. Relativamente potente en este sector,

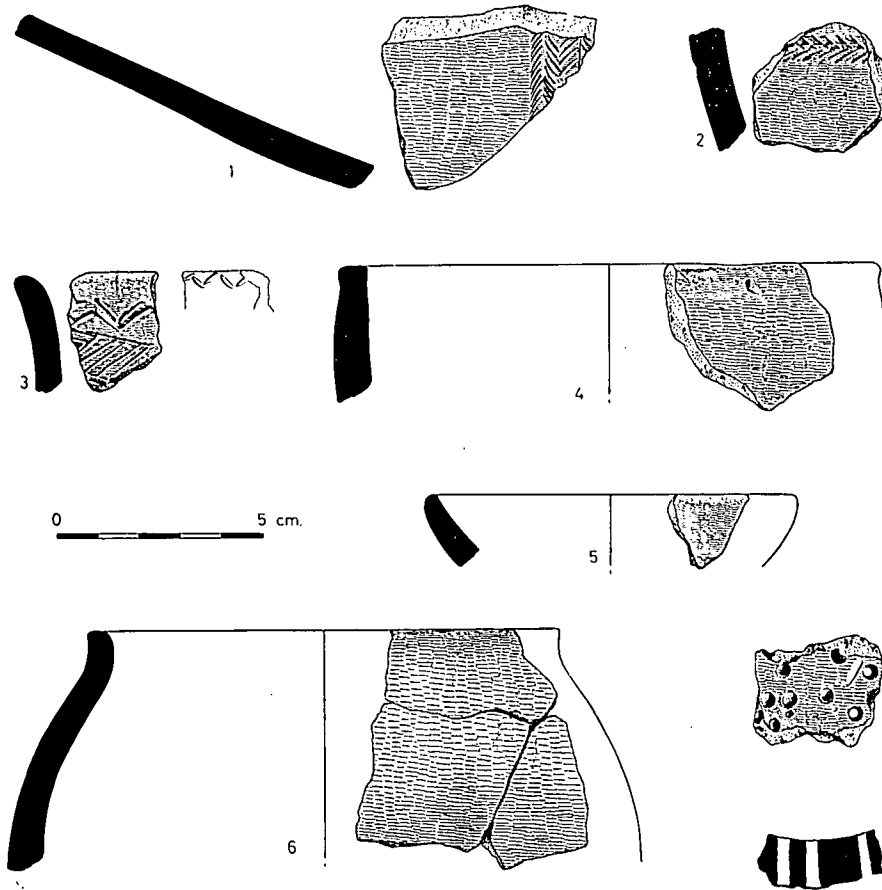


Fig. 4.—Materiales del nivel II. La Plaza, Cogeces del Monte (Valladolid).

aunque su espesor sea variable según las diferentes áreas. Aparentemente sin material arqueológico, lo que confirma su identificación con un derrumbamiento. En la parte superior, un estrecho manto de tierra vegetal no uniforme, en el que arraigan robles y encinas, preferentemente en forma de matorral.

⁸ Nuestro agradecimiento a J. A. Rodríguez Marcos, C. Sanz, J. del Val y E. Rodríguez, por su eficaz y generosa participación en estos trabajos. Es nuestra intención ampliar próximamente el área de excavación, para lo que se cuenta con el oportuno permiso de la Subdirección General de Arqueología.

NIVEL II.—De arcilla, con cierto buzamiento S-N, y espesor variable, próximo a los 30 cm. Negro, abigarradísimo y con muy abundantes restos de madera quemada. Sin duda un nivel de incendio. Materiales arqueológicos frecuentes. Inventario de los mismos (fig. 4):

N.º 1.—Panza de vaso, probablemente troncocónico. Decoración en una banda vertical —parte de un motivo radial nacido en el fondo—, a base de espigas o espinas de pescado incisas.

N.º 2.—Panza, tal vez de un cuenco. Exteriormente, una espiga simple, incisa, en disposición horizontal.

N.º 3.—Borde, probablemente de vaso troncocónico. Exteriormente un zig-zag doble inciso, del que cuelga un tema muy barroco de espiga, igualmente incisa. En el interior del borde, un nuevo zig-zag, esta vez simple.

N.º 4.—Borde de cuenco de paredes rectas, con el labio ligeramente reforzado. 132 mm. de diámetro.

N.º 5.—Cuenquito de paredes muy abiertas. 92 mm. de diámetro.

N.º 6.—Borde de vaso globular de borde reentrante. 115 mm. de diámetro.

N.º 7.—Fragmento de colador, muy tosco, de forma indeterminada. Perforaciones cilíndricas muy irregulares.

NIVEL III.—Arcilla amarillenta de idéntica textura que la del nivel II, pero sin evidencias de incendio. Material arqueológico más abundante que en aquél, cuyo inventario es el siguiente (fig. 5):

N.º 1.—Cazuelita de carena alta, o vaso troncocónico de paredes convexas y borde vertical. Sobre este último, decoración de espina de pescado muy fina formando metopas que alternan con espacios libres. La línea de la carena, subrayada con dos nuevas espigas corridas. Bajo ellas, en la panza, decoración de triángulos colgados, convergentes hacia el fondo, con, una vez más, espigas incisas en el interior. En el borde, interiormente, un zig-zag simple. 180 mm. de diámetro.

N.º 2.—Borde de vaso troncocónico. Tanto en el interior como exteriormente, un tema de espiga incisa.

N.º 3.—Fragmento de panza, posiblemente de un cuenco, con una especie de cordón o estrecha banda sogueada incisa.

N.º 4.—Vaso troncocónico muy plano. Esquema decorativo en el exterior del borde muy similar al descrito en el n.º 1, que se repite casi idéntico en el interior. 295 mm. de diámetro aproximadamente.

N.º 5.—Fragmento de cuenco. Decoración similar a la del n.º 3.

N.º 6.—Panza de cuenco. En el exterior una espiga incisa muy cuidada, en disposición horizontal.

N.º 7.—Pequeño cubilete o cuenco de paredes bastante verticales. 102 mm. de diámetro.

N.º 8.—Cuenco de paredes muy abiertas. 124 mm. de diámetro.

N.º 9.—Vaso de borde cerrado, del tipo «globo de lámpara». Labio ligeramente engrosado. 108 mm. de diámetro en la boca.

N.º 10.—Borde cóncavo probablemente de un vaso carenado.

N.º 11.—Borde de gran cuenco de perfil ligeramente en «S». 265 mm. de diámetro.

N.º 12.—Borde ligeramente exvasado de recipiente de grandes dimensiones.

N.º 13.—Borde igualmente abierto, más recto, de recipiente también grande.

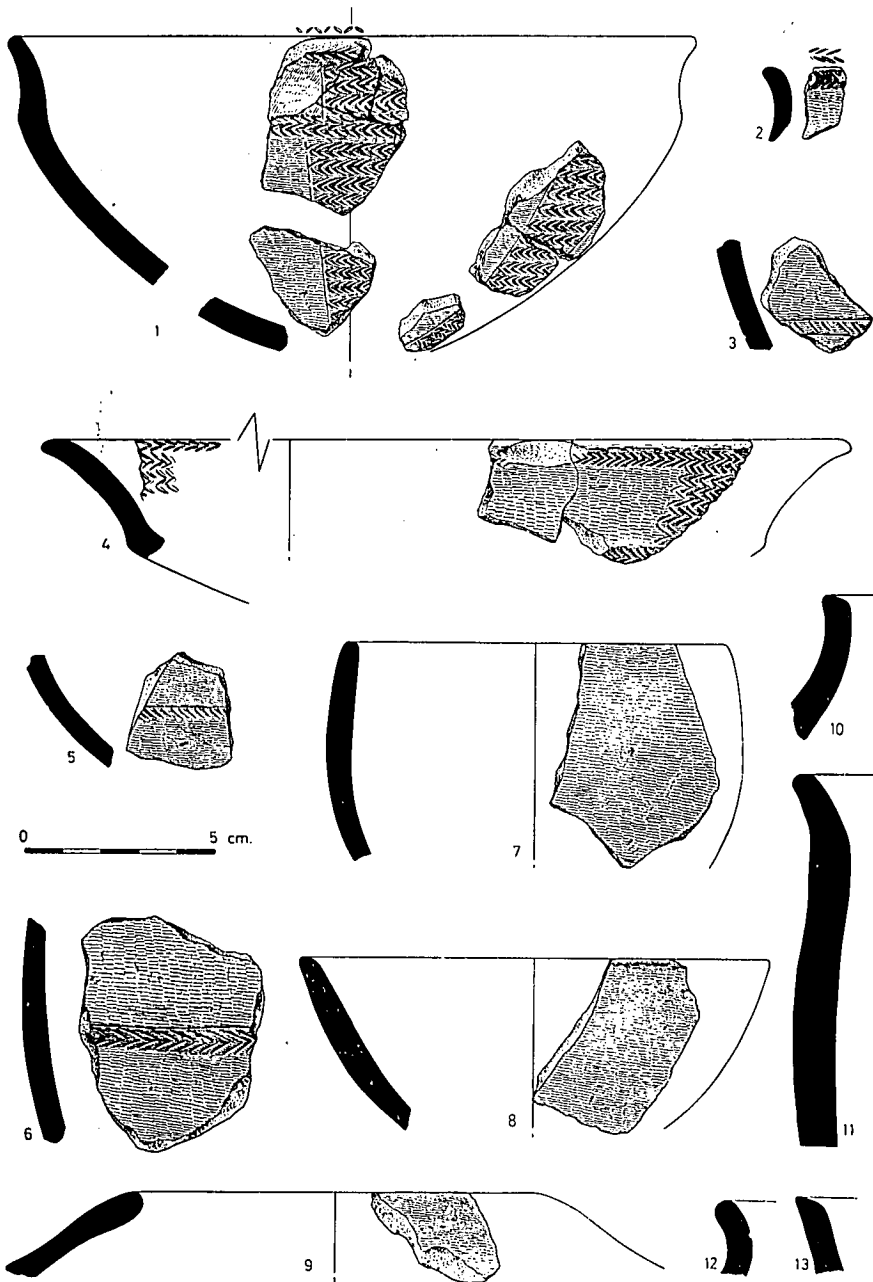


Fig. 5.—Cerámicas del nivel III. La Plaza, Cogeces del Monte (Valladolid).

NIVEL IV.—De arena blanquecino-amarillenta. Absolutamente estéril. Nivel natural.

De lo observado en el corte descrito pueden extraerse ciertas deducciones de interés:

a) El nivel II y el III, de textura idéntica y con materiales análogos, corresponde indudablemente a un mismo mundo. La única diferencia existente entre ellos estriba en el hecho de que sólo la parte superior de la ocupación (el nivel II íntegro) fue afectada por el incendio.

b) En la estratigrafía no se encuentra representado más grupo cultural que el portador de las cerámicas incisas, evidentemente de la Edad del Bronce. No hay, pues, testimonio alguno que permita afirmar que La Plaza, estuvo ocupada, al menos en ese sector, durante la segunda Edad del Hierro.

c) *El contacto directo* entre el derrumbe (nivel I) y el nivel II, sin lechos intermedios de ocupación más moderna o estériles indicativos de abandono; parece suponer que la muralla ya existía (pues se derrumbó) durante la ocupación de La Plaza en la Edad del Bronce. Ello nos llevaría a situar provisionalmente la fortificación en esa época, y acaso a hacer coincidir en un mismo acontecimiento el incendio del poblado, bien acreditado arqueológicamente, y la destrucción de la defensa.

* * *

Nos parece oportuno, por último, incluir en este apartado otros materiales del castro, igualmente de la Edad del Bronce y hallados en superficie en distintas circunstancias, los cuales no desentonan en absoluto respecto a los ya descritos y enriquecen el precario testimonio arqueológico del yacimiento. Alguno de ellos, debemos recordar que no son inéditos, p. e. la pieza número 1 de las que a continuación se inventarían (fig. 6), la cual fue hallada por Wattenberg y publicada en la Carta Arqueológica de Valladolid⁹, siéndonos desconocida su procedencia. Los restantes fueron hallados recientemente en los desmontes de la muralla, fuera de contexto propiamente en todos los casos.

N.º 1.—Cuenco muy plano o gran fuente. En el exterior, bajo el borde, un friso estrecho de fina retícula incisa oblicua. Interiormente una serie de aspas alineadas horizontalmente, apoyadas en uno de sus extremos en otra más baja. Aproximadamente 218 mm. de diámetro.

N.º 2.—Borde de vaso troncocónico. En el interior un zig-zag inciso.

N.º 3.—Vasito troncocónico muy plano. En el exterior del borde decoración de espina de pescado agrupada en metopas, entre dos espinas corridas adecuadas al labio y la línea de la carena. En la panza, decoración radial con iguales motivos y técnicas. Interiormente, nuevas espigas incisas. 157 mm. de diámetro.

⁹ PALOL, P. de, y WATTENBERG, F., *Carta...*, ob. cit., p. 82, fig. 12.

N.º 4.—Borde de vaso troncocónico. Interior y exteriormente, sendos zig-zags incisos simples.

N.º 5.—Vaso troncocónico. En el exterior decoración metopada, de espigas una vez más, mas éstas en disposición vertical, no horizontal como parece ser la norma. Aspecto muy descuidado. Nuevas espigas de tres hiladas en el interior. Aproximadamente 278 milímetros de diámetro.

N.º 6.—Cuenco de paredes abiertas. Borde reforzado con un livianísimo baquetón. Labio plano. 156 mm. de diámetro.

N.º 7.—Vaso globular (?) de borde suavemente estrangulado y vuelto. 147 mm. de diámetro.

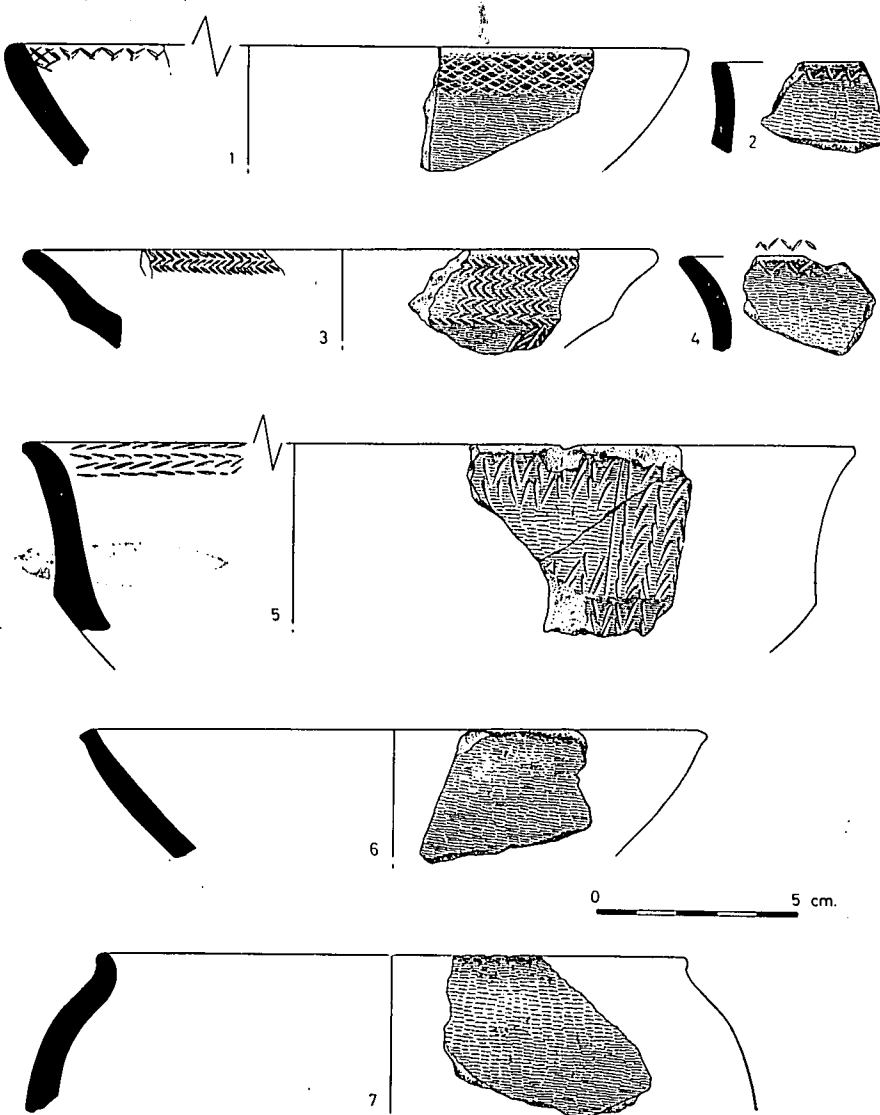


Fig. 6.—Material de superficie. La Plaza, Cogeces del Monte (Valladolid).

LOS MATERIALES ARQUEOLÓGICOS.

Aunque se ha aludido en diversas ocasiones al hallazgo de piezas metálicas en La Plaza, incluso de hachas de bronce¹⁰, en la actualidad todo el material arqueológico que conocemos de este yacimiento se reduce a una serie de fragmentos de cerámica a mano. Muchos de los mismos se caracterizan por sus tonalidades oscuras, casi negras; otros, sin embargo, son amarillentos o marrones claros. En cualquier caso, la experiencia nos indica que no necesariamente tuvieron que ser éstos los colores o tonos originales, y que por diversas circunstancias— por ejemplo en función de la naturaleza de los sedimentos entre los que se han conservado— sabemos que los mismos cambian con relativa facilidad. Todas las piezas manifiestan una notable perfección; sus pastas son buenas, habiéndose utilizado arenas muy finas como desgrasantes, y sus superficies están casi espatuladas, dando la sensación ocasionalmente de auténtico charolado o bruñido.

Pese a que la muestra de piezas recogidas es evidentemente corta, demasiado exigua para poder considerar definitiva y firme cualquier observación estadística, nos sorprende a primera vista el alto porcentaje de piezas decoradas dentro de la vajilla de los grupos que poblaron La Plaza. Es aventurado afirmarlo, pero tenemos la impresión de que aproximadamente uno de cada tres recipientes ha sido objeto de decoración, prefiriéndose para ello los cuencos hemisféricos de fondo casi plano y las tazas de carena mediana/alta, muy similares a los vasos troncocónicos de Cogotas I.

Las decoraciones más usuales, casi únicas a nivel de lo que conocemos, son incisas, constatándose en ocasiones vestigios de pasta blanca incrustada para destacar los motivos. Entre éstos descollan numéricamente las espigas o temas de «espinas de pescado» formando series tremendamente barrocas y prietas, para ser menos frecuentes los triángulos con rayado interior paralelo a uno de los lados que no es la base, los zig-zags aislados, las retículas oblicuas y las series de aspas. Faltan absolutamente motivos de líneas curvas. Como sintaxis de composición, las preferencias son el friso corrido y el friso metopado, documentándose también esquemas decorativos radiales naciendo del umbo, y siendo común la ornamentación interior de los bordes.

En cuanto a la vajilla lisa, finalmente, puede decirse que es en términos generales de calidad inferior —al menos los grandes vasos—, estando integrada por cuencos de distintas dimensiones y tinajas globulares de notable tamaño. Igualmente en este capítulo habríamos de enmarcar algún fragmento de colador o «quesera», de barro muy tosco y con perforaciones poco nítidas, correspondiente a una forma difícil de precisar dado su reducido tamaño.

¹⁰ *Ibidem*, p. 82.

ATRIBUCIÓN CULTURAL Y CRONOLOGÍA DEL HORIZONTE
ARQUEOLÓGICO DE LA PLAZA.

Las cerámicas descritas de Cogeces, con una gran homogeneidad formal y decorativa, constituyen el único testimonio válido para aproximarnos a la realidad cultural del yacimiento. Por muy diversas razones —presencia de vasos troncocónicos, decoraciones prototípicas de «espina de pescado», incrustación de pasta blanca para contrastar los motivos...— parece justificada la asimilación de alguna de las cerámicas del castro a Cogotas I, tal y como propuso Wattenberg¹¹; no obstante faltan en las especies de La Plaza rasgos tan típicos de los vasos de dicha fase como las técnicas que en su día dieron pie a definirla: Boquique y excisión¹².

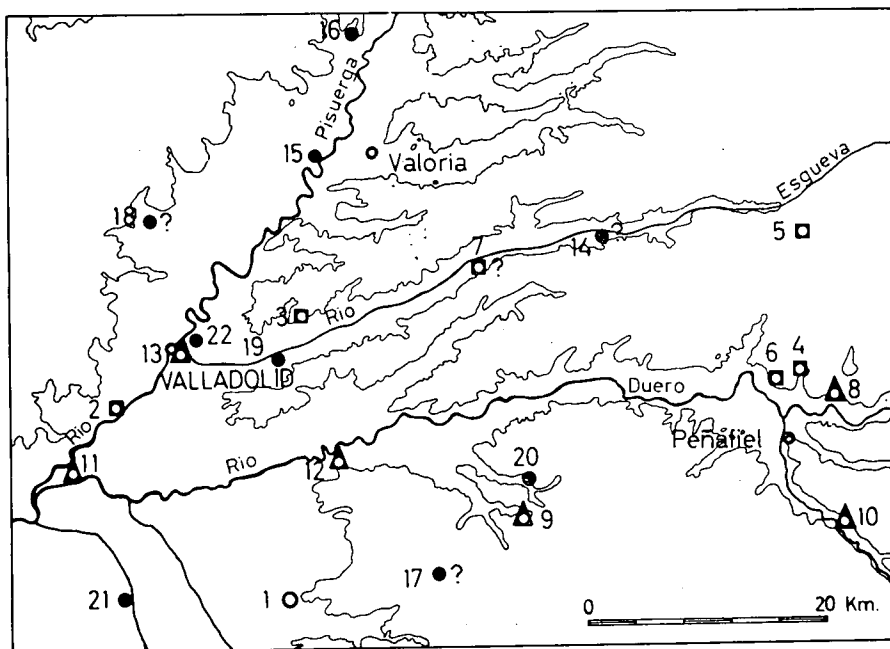
Una vez más hay que aludir al hecho de que la muestra es corta y acaso unos trabajos más intensos depararían nuevos barrocos decorados con las técnicas que echamos en falta, pero por el momento debemos afrontar esta realidad y plantearnos desde ella la posibilidad —en nuestra opinión, auténtica probabilidad— de que lo que tenemos sea un elenco de piezas auténticamente representativo del grupo cultural a estudiar; un grupo con sólo unas pocas diferencias y muchas afinidades respecto al mundo de Cogotas I, lo que propicia su estudio desde la perspectiva de este complejo, relativamente bien conocido. Dentro de tal planteamiento sólo caben dos hipótesis cabales al enjuiciar las diferencias entre Cogotas I y Cogeces: o bien el *horizonte La Plaza* no es sincrónico a *Cogotas I* —sería anterior o posterior— o bien representa simplemente una *facies* regional, relativamente particular dentro de este mundo del Bronce Final.

Esta última opción ha de descartarse sin lugar a dudas, ya que un mero repaso a los yacimientos del Duero Medio entre Valladolid y Peñafiel, permite comprobar que alternan en el mismo espacio geográfico las estaciones de signo Cogeces y las típicas Cogotas I, con excisión y Boquique (fig. 7). Baste recordar al respecto que a escasos cinco kilómetros al Norte del castro de La Plaza, ya en el término de Santibáñez de Valcorba, se documenta la estación, típicamente Cogotas I, de Valimón¹³. Tal evidencia excluye o desacredita, cuanto menos, la hipótesis que pretenda considerar el horizonte La Plaza, con sus clásicas cerámicas decoradas con espigas, como una mera *facies* local, no diferenciada cronológicamente, del grupo Cogotas I. Insistimos, pues, en la vía

¹¹ WATTENBERG, F., *La región...*, ob. cit., p. 96.

¹² MALUQUER DE MOTES, J., *La técnica de incrustación del Boquique y la dualidad de tradiciones cerámicas en la Meseta durante la Edad del Hierro*, *Zephyrus*, VII, 1956, p. 179 y ss.

¹³ Inédita. Debemos su conocimiento al Dr. Mañanes Pérez, a quien agradecemos su amabilidad permitiéndonos manejar el dato.



- | | |
|-----------------------------|--------------------|
| ○ Ciempozuelos | □ Epi-Ciempozuelos |
| ▲ Cogeces/ Pre-Cogotas I(?) | ● Cogotas I |

Fig. 7.—Poblamiento del Duero Medio y Bajo Pisuerga en la Edad del Bronce.

- | | |
|-----------------------------|--------------------------------------|
| 1. Arrabal de Portillo. | 12. Tudela de Duero. |
| 2. Arroyo de la Encomienda. | 13. Valladolid (Instituto Zorrilla). |
| 3. Castronuevo de Esgueva. | 14. Amusquillo de Esgueva. |
| 4. Curiel de Duero. | 15. Cubillas de Santa Marta. |
| 5. Encinas de Esgueva. | 16. Dueñas. |
| 6. Pesquera de Duero. | 17. Montemayor de Pililla. |
| 7. Piña de Esgueva. | 18. Mucientes. |
| 8. Bocos de Duero. | 19. Renedo de Esgueva. |
| 9. Cogeces del Monte. | 20. Santibáñez de Valcorba. |
| 10. Rábano. | 21. Valdestillas. |
| 11. Simancas. | 22. Valladolid (San Pedro Regalado). |

bilidad de reconocer un distanciamiento temporal, mayor o menor, entre los dos mundos citados.

A la vista de ello, urge fijar la posición de anterioridad o posterioridad de cada uno de tales grupos, para lo cual debe tenerse en cuenta que Cogotas I se considera un mundo arraigado en el complejo campaniforme de Ciempozuelos, aunque a cierta distancia cronológica del mismo¹⁴. Es interesante por tanto recordar que, desde hace una docena de años, se intuye la existencia de una fase epicampaniforme, tal vez paralela al mundo argárico, en este

¹⁴ MALUQUER DE MOTES, J., *La técnica...*, ob. cit., p. 196; MARTÍN VALLS, R., DELIBES DE CASTRO, G., *Sobre la cerámica de la fase Cogotas I*, BSAA, XLII, 1976, p. 11-12.

sector del valle medio del Duero. El yacimiento de Las Pinzas, entre Pesquera y Curiel, sería uno de los exponentes más característico de la misma, con cerámicas lisas carenadas que recuerdan a las de El Argar, junto con otras evidentemente entroncadas con el mundo de Ciempozuelos¹⁵. En este yacimiento que en principio podría situarse en un Bronce Pleno o Medio, con límites ambiguos, no se conocen aún las cerámicas tipo Cogeces, dando la sensación de corresponder a un mundo de gran arcaísmo. Sin embargo, en otra estación similar, castreña como aquella, ubicada en el Castillo de Rábano, también cerca de Peñafiel, la muestra de materiales recogida permite comprobar que están representados en el lugar tanto el horizonte Las Pinzas —al que correspondería la mayor parte del material— como el grupo Cogeces, en forma este último de ciertas decoraciones de espiga incisa, con pasta blanca incrustada, sobre vasos troncocónicos¹⁶. Todo ello, en buena lógica, permite sugerir que al horizonte Las Pinzas (*Epiciepozuelos* ?) sucedió *Cogotas I*, pudiendo efectuarse el paso de uno a otro a través de un grupo transicional (*Pre* o *Proto-Cogotas I*), bien representado en el yacimiento de La Plaza, en Cogeces del Monte.

Si el citado grupo de las cerámicas incisas de La Plaza debe ser considerado previo y distinto de *Cogotas I* o simplemente el momento inicial de dicha fase, es algo que podría discutirse, razón por la que dudamos en denominarlo *Pre-Cogotas I* o *Proto-Cogotas I*. Es cierto que las decoraciones de espiga incisa simultanean frecuentemente con Boquique y excisión en iguales yacimiento —p. e. en Las Carretas, en Casaseca de las Chanas (Zamora)¹⁷, en El Berrueco (Salamanca)¹⁸ o en el Alto de Yecla, en Silos (Burgos)¹⁹— lo que justificaría el *Proto*; pero también hay estaciones donde, como en Cogeces, la espiga incisa parece el motivo exclusivo y excisión y Boquique están ausentes —El Campillo (Valladolid)²⁰, Pozo Blanco (Zamora)²¹, y, tal vez los niveles inferiores del sector II del castro alavés de Berbeia²²—,

¹⁵ PALOL, P. de, *Nuevos hallazgos arqueológicos en la región de Valladolid (III). Nuevos hallazgos en los yacimientos del área de Curiel, Pesquera de Duero y Padilla de Duero*, BSAA, XXXIV-XXXV, 1969, p. 298-307, especialmente p. 305.

¹⁶ Inédito. Materiales de superficie recogidos en diversas prospecciones a partir de su descubrimiento, en diciembre de 1977.

¹⁷ MARTÍN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G., *Nuevos yacimientos de la primera Edad del Hierro en la Meseta Norte*, BSAA, XXXVII, 1972, p. 36-37; IDEM, *Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (V)*, BSAA, XLIV, 1978, fig. 3.

¹⁸ MALUQUER DE MOTES, J., *Excavaciones arqueológicas en el Cerro del Berrueco (Salamanca)*, Acta Salmanticensis, XIV, 1, Salamanca, 1958, p. 44-55. La asociación se da, por ejemplo, en las chozas Bel, Be2 y Be5.

¹⁹ GONZÁLEZ SALAS, S., *El castro de Yecla, en Santo Domingo de Silos (Burgos)*, Informes y Memorias, n.º 7, Madrid, 1945, p. 20-21 y láms. IV y V.

²⁰ Inédito. Preparamos, en colaboración con F. Romero Carnicero, la publicación de un lote de materiales recogidos en el mismo.

²¹ MARTÍN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G., *Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (II)*, BSAA, XL-XLI, 1975, p. 453-454.

²² AGORRETA, J. A., LLANOS, A., APELLÁNIZ, J. M. y FARIÑA, J., *Castro de Berbeia (Barrio-Alava)*, Estudios de Arqueología Alavesa, 8, 1975, p. 259-281.

lo que podría significar una cierta ruptura respecto a Cogotas I, autorizando el término *Pre-Cogotas I*.

Acaso la única respuesta válida —aunque incompleta— a esta disyuntiva pueda ofrecérsela por el momento el castro abulense de Las Cogotas, precisamente el mismo que dio nombre a la *facies* que ahora discutimos. Tanto allí, como en los Castillejos de Sanchorreja, Cogotas I está representada; sin embargo, sorprenden, dada la relativa vecindad de ambas estaciones, las abismales diferencias decorativas existentes entre las especies de las mismas. Puede ser indicativo señalar que en toda la muestra de Las Cogotas existen sólo dos o tres fragmentos con excisiones, y un número muy corto de ellos con Boquique, frente a un volumen abrumadoramente superior de tipos barroquizantes con espigas²³. En Sanchorreja, por el contrario, excisión y Boquique menudean, y las espigas brillan por su ausencia²⁴. Pretender, con tales diferencias la cotaneidad de ambos yacimientos no parece justificable sobre todo pensando —insistimos— en su proximidad geográfica; resulta más convincente imaginar un cierto desfase cronológico entre ellos. Es de lamentar que los elementos metálicos asociados a la cerámica en tales estaciones no sean firmes ni expresivos para contrastar tales hipótesis, pero sí debemos recordar que entre los vasos incisos de Las Cogotas —que Cabré relacionó por su arcaísmo con los campaniformes del grupo de Carmona²⁵— priva la misma forma troncocónica o cazuela, de borde vertical con panza curva, documentada en Cogeces, y que, aparentemente, tales especies se vinculan a un modelo de hacha de bronce, todavía plana, que sugiere anterioridad al Bronce Final²⁶. Por último, este mismo elemento metálico —el hacha plana de flancos cóncavos— nos llevaría a proyectar el problema cronológico expuesto sobre un nuevo yacimiento presumiblemente de fase Cogotas I de la provincia de Soria —Los Tolmos de Caracena— en el que se constatan cerámicas predominantemente incisas (muchas espigas y zig-zags, poco Boquique y casi nada de excisión) y un hacha similar a la abulense antes citada²⁷.

Todas estas observaciones nos llevan a pensar que dentro del largo desarrollo de Cogotas I —por lo menos de cuatro siglos, entre 1250 y 850—

²³ CABRÉ AGUILÓ, J., *Excavaciones de Las Cogotas, Cardeñosa (Avila)*. I. El Castro, MemJSEA, n.º 110, Madrid, 1930, p. 42-46. Como ejemplo más expresivo debemos referirnos a un lote de piezas hallado en la base de las murallas septentrionales de la acrópolis, donde no apareció ni un solo fragmento cerámico decorado con Boquique y excisión y sí muchos con «tracitos entrecruzados, determinando espiguillas» (p. 42-43).

²⁴ MALUQUER DE MOTES, J., *El castro de Los Castillejos, en Sanchorreja (Avila)*, Avila-Salamanca, 1958.

²⁵ CABRÉ AGUILÓ, J., *Excavaciones...*, ob. cit., p. 42.

²⁶ *Ibidem*, p. 41-42 y lám. XI, 3.

²⁷ JIMENO MARTÍNEZ, A., *Aportación al Bronce Final y Primer Hierro: Los Tolmos, Caracena (Soria)*, Rev. de Investigación del Colegio Universitario de Soria, t. I, 1978, p. 51-66, y especialmente láms. III, IV y VII.

pueden distinguirse diferentes fases, siendo posible que la representada en Cogeces deba situarse en los inicios del proceso. Por ello, no creemos ocioso intentar abordar el problema de su posición cronológica en términos absolutos.

El apogeo de la fase Cogotas I podría coincidir a grandes rasgos con el Bronce Final I y II, aunque sus ramificaciones afecten, en sus mal conocidos inicios, al Bronce Medio y, más tímidamente en su final, al Bronce Final III²⁸. El primer punto —su asimilación al Bronce Final II— quedaría avalado por el grueso de fechas de C-14 conseguidas para la fase, principalmente las de los yacimientos meseteños de Ecce Homo, en Alcalá de Henares, y San Román de la Hornija; aunque todas estas fechas se sitúan entre 1150 y 850 a. de J. C., en los ambientes que datan son realmente raros los elementos metálicos representativos del Bronce Final II, reduciéndose a alguna fíbula de codo —ya en el límite del Bronce Final III, como ocurre con ciertas cerámicas con incrustación de pasta roja²⁹— y, posiblemente, alguna espada de tipo pistiliforme, cuya vinculación a Cogotas I no deja de ser problemática³⁰. Junto a estas fechas, otras como la obtenida en el yacimiento de Purullena, en Granada (1185)³¹, sugieren mayor antigüedad para los inicios del complejo Cogotas I, y ello sin olvidar algunas dataciones para especies excisas que podrían ser más viejas, como las de la Cueva del Asno³².

Teniendo en cuenta todos estos aspectos, parece deducirse que Cogotas I tiene carta de naturaleza desde finales del siglo XIII a. de J. C. lo que haría posible que el horizonte Pre/Proto-Cogotas I o de Cogeces —tan próximo como hemos visto, del óptimo Cogotas I— se situase cuanto menos en el siglo XIV-XIII, identificándose con el apogeo del Bronce Medio o la fase de Transición Bronce Medio/Bronce Final, según los esquemas de la Edad del Bronce Continental.

²⁸ Véanse las cuestiones referentes a su posición cronológica en ALMAGRO GORBEA, M., *El Bronce Final y el periodo orientalizante en Extremadura*, B. P. H., XIV, 1977, p. 538 y ss. Las dataciones absolutas manejadas de aquí en adelante, están documentadas adecuadamente en la obra mencionada.

²⁹ DELIBES DE CASTRO, G., *Una inhumación triple de facies Cogotas I en San Román de la Hornija (Valladolid)*, T. de P., 35, 1978, p. 225-250. La fíbula de este tipo en el occidente de Europa suele considerarse Bronce Final III. Las fechas absolutas de San Román sugieren tal vez anterioridad, al menos para algunos ejemplares, a dicho periodo.

³⁰ LLANOS, A., *Cerámica excisa en Alava y provincias limítrofes*, Estudios de Arqueología Alavesa, V, 1972, p. 87.

³¹ MOLINA, F. y ARTEAGA, O., *Problemática y diferenciación en grupos de la cerámica con decoración excisa en la Península Ibérica*, Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada, n.º 1, 1976, p. 187.

³² EIROA, J. J., *Datación radiocarbónica, arqueológica y ambiental de la cueva del Asno (Soria)*, en *C-14 y prehistoria de la Península Ibérica*, Serie Universitaria de la Fundación March, n.º 77, Madrid, 1978, p. 113-121, especialmente p. 116.

CONSIDERACIONES FINALES.

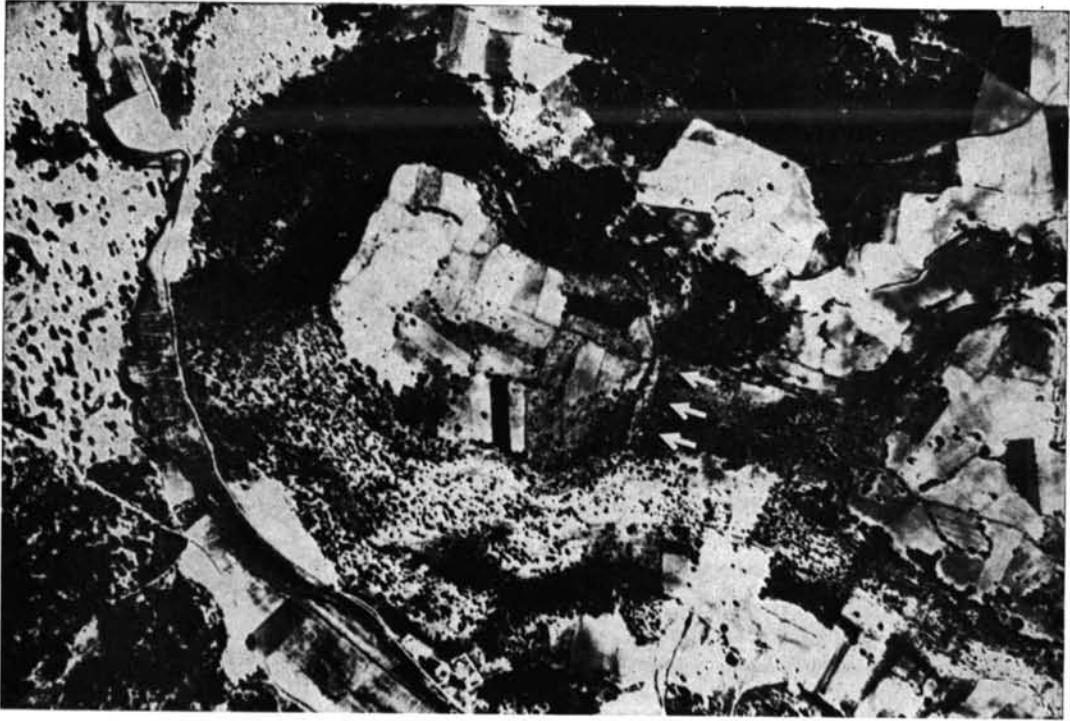
Las conclusiones a las que creemos haber llegado en el presente trabajo pueden resumirse en los siguientes puntos:

1. El castro de La Plaza, en Cogeces del Monte (Valladolid), estuvo habitado durante los últimos compases del Bronce Medio o en los inicios del Bronce Final. No existe documento alguno que acredite su ocupación en la segunda Edad del Hierro —en época posthallstática más concretamente— como se había pretendido.

2. El hábitat de La Plaza parece haber contado durante este periodo de la Edad del Bronce con una muralla, o gran talud de piedras a modo de defensa, cuyas características lamentablemente no estamos en disposición de precisar tras su destrucción. De llegar a confirmarse, este extremo sería de gran interés por cuanto testimoniaría la construcción de fortificaciones en los castros de la Meseta al Sur de la línea del Duero con anterioridad a la segunda Edad del Hierro, lo que hasta el momento resultaba discutido. No hay que olvidar, por otro lado, que fortificaciones de este momento se documentan en las tierras del Sureste (Alboloduy, Monachil...).

3. Es bastante atractiva y no carente de base científica la posibilidad de identificar el horizonte Cogeces con el momento más moderno del vacío existente entre Ciempozuelos y Cogotas I, manifestándonos partidarios de fechas en torno al siglo XIV ó XIII para la definición cronológica del mismo. Su datación, por lo tanto, quedaría todavía muy lejos de las propuestas para la civilización *campaniforme* —en todo el valor cultural de esta acepción— de Ciempozuelos.

4. La vinculación con Cogotas I del grupo Cogeces es incontestable, tratándose acaso de un *simple momento inicial del mismo*, más que de un *periodo de transición* (hacia Cogotas I), en el proceso formativo de este complejo mundo.

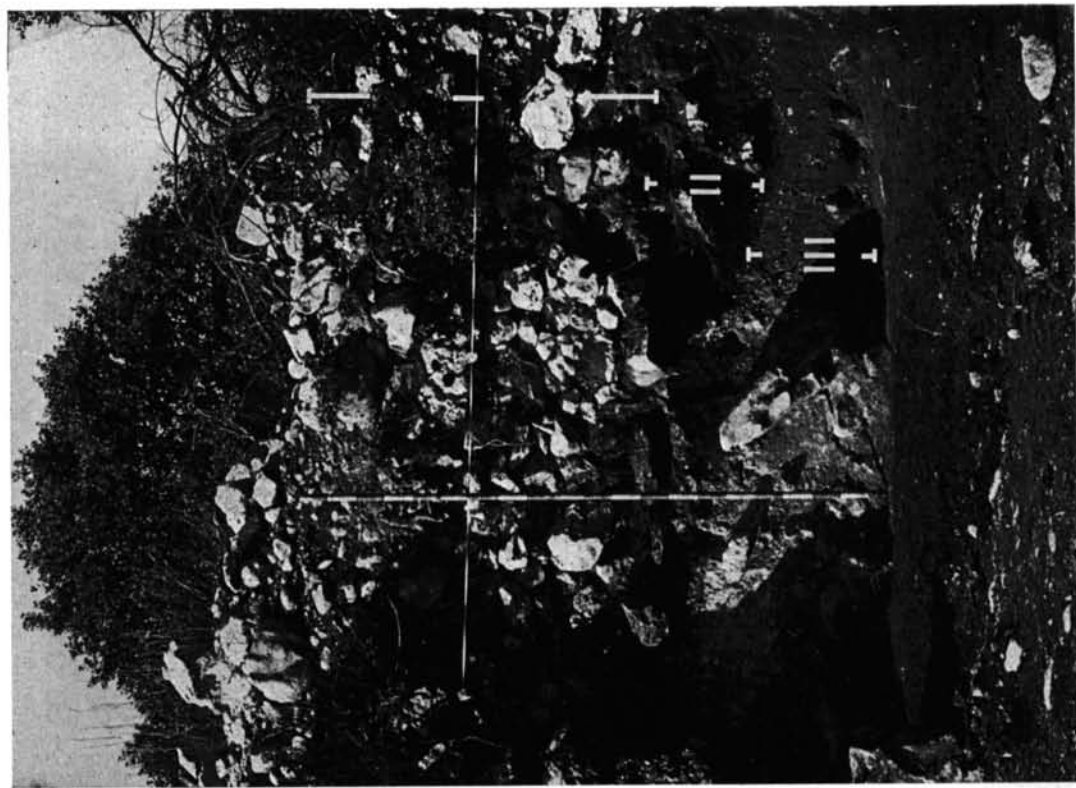
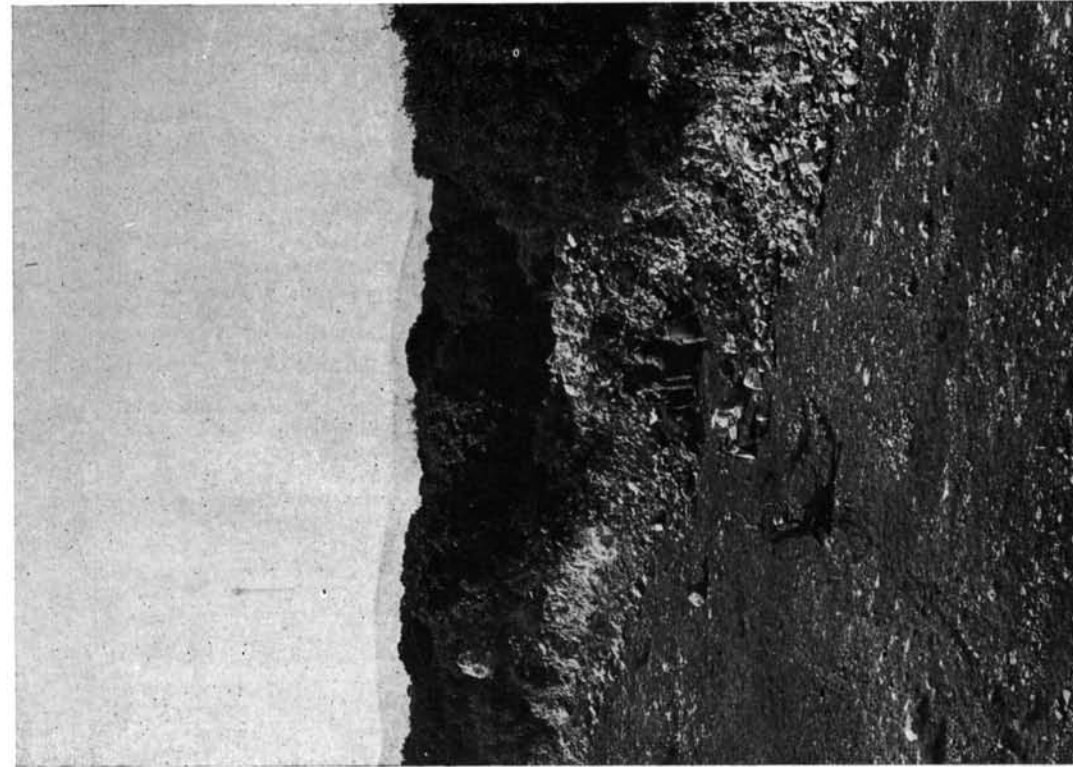


1



2

1. Vista aérea de La Plaza. Las flechas señalan la posición de la muralla.—2. Aspecto actual de la defensa tras su destrucción, con los derrumbes marginales.



1. Localización del corte refrescado en el derrumbe occidental de la muralla de La Plaza, Cogeces del Monte (Valladolid).—2. Detalle del citado corte, con representación de los niveles I, II y III.